



VI Festival Hispanoamericano de Escritores

HOMENAJE A VENEZUELA Y A JERÓNIMO SAAVEDRA

Luis González Morera



Para Ibsen Martínez – In memoriam

CUANDO ÉRAMOS FELICES Y BOGOTANOS

Luis Pulgar Finol



Carolina Jaimes Branger y Alberto Barrera Tyszka

DOS ESCRITORES VENEZOLANOS PRESENTARON SUS NOVELAS EN BOGOTÁ

Alfonso Molina



Amenazas, persecución y torturas

EL OSCURO ROSTRO DE LA DICTADURA EN VENEZUELA

Freider Gandica



VI Festival Hispanoamericano de Escritores

HOMENAJE A VENEZUELA Y A JERÓNIMO SAAVEDRA

Luis González Morera



Este lunes 23 de septiembre comenzó la sexta edición del Festival Hispanoamericano de Escritores (FHE), en Los Llanos de Aridane, La Palma, Canarias, con Venezuela como país invitado, en un acto de bienvenida a los escritores foráneos, y de homenaje al primer presidente de la Orden Galdosiana de la isla de La Palma, exministro y expresidente de Canarias, Jerónimo Saavedra.

Este año el FHE contará con la participación de 24 escritores y escritoras de Venezuela que se unirán a otros tantos autores y autoras de España en una programación diversa y de gran riqueza literaria.

En total, 43 participantes formarán parte de este evento cultural, que incluye mesas redondas, homenajes, recitales, conferencias, talleres, clubes de lectura, firmas de ejemplares, y actos especialmente dirigidos a los estudiantes de los institutos de la isla.

La inauguración del Festival estará marcada por un emotivo homenaje a Jerónimo Saavedra Acevedo, quien fue el primer presidente de la Orden Galdosiana, asociación cultural organizadora del FHE. En el acto, los miembros de la Orden Galdosiana, encabezados por J.J. Armas Marcelo, actual presidente, junto a los vicepresidentes José Esteban y Elsa López, rendirán tributo a su legado. También estarán presentes otros miembros de la directiva como José Miguel Jaubert, Anelio Rodríguez Concepción y Valerie Miles.

Por su parte, en representación de los escritores venezolanos invitados intervendrán José Balza, Igor Barreto y Ana Teresa Torres, responderán al homenaje con palabras sobre la figura de Saavedra y la literatura, contando con la introducción de Valerie Miles y la el saludo desde Caracas del Premio Cervantes de Literatura 2022, Rafael Cadenas.

El FHE se desarrollará en diversos formatos, con actos presenciales y retransmisiones en directo a través de la página de Facebook del Festival, y de su página web, permitiendo a los seguidores de la literatura de todo el mundo acceder a las actividades. El programa completo está disponible en la página web oficial: www.hispanoamericanodeescritores.com/programación.



Como en ediciones anteriores, el FHE ofrecerá un ambiente de diálogo distendido sobre la literatura y la vida, temas que se abordarán desde la reflexión, el respeto y el debate constructivo.

En paralelo a las mesas redondas y debates, los asistentes podrán adquirir libros de los autores participantes en los puestos de librería situados en la plaza de España. Además, habrá cinco sesiones de firma de libros, que tendrán lugar los días miércoles 25, viernes 27 y sábado 28 por la mañana, brindando al público la oportunidad de interactuar directamente con los escritores.

Como parte de las actividades del VI Festival Hispanoamericano de Escritores, también se realizará una actividad especial en la capital de Venezuela, Caracas. Durante toda la semana, en la Librería Alejandría del C.C. Líder, se pondrán a la venta los títulos de los escritores venezolanos presentes en el FHE, gracias a la iniciativa desarrollada por la propia librería, junto a la Fundación La Poetaca y a la Fundación para la Cultura Urbana que participan en el evento en La Palma. Además, el viernes 27 de septiembre, a las 16:00 (hora venezolana), llevarán a cabo una reunión para conversar sobre los nuevos tiempos de la literatura venezolana, con especial énfasis en su poesía, ediciones y lectores. Intervendrán: Diajanida Hernández, Ricardo Ramírez Requena y Lenin Pérez Pérez. Moderará Albe Pérez.

El FHE está patrocinado por la concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Los Llanos de Aridane, la consejería de Cultura del Cabildo Insular de La Palma, el Instituto Canario de Desarrollo Cultural (ICDC) del Gobierno de Canarias, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y el Instituto Cervantes.

Para Ibsen Martínez – In memoriam

CUANDO ÉRAMOS FELICES Y BOGOTANOS

Luis Pulgar Finol



He sido un ratón de librerías toda mi vida, y aunque esto no necesariamente me convierte en un habitual de las bibliotecas públicas, saber que existen y funcionan siempre es reconfortante. Para mi amigo Ibsen Martínez, las bibliotecas fueron una verdadera salvación en un momento clave. Al salir de Caracas en un viaje de trabajo, se encontró con que no podía regresar y se vio obligado a dejar atrás su amada colección de libros. Ya instalado en un modesto apartamento en Bella Suiza, un barrio tranquilo y apacible de Bogotá, comenzó a frecuentar las bibliotecas públicas de la ciudad, una red impresionante por su magnitud, organización y recursos. Así fue como la Biblioteca Luis Ángel Arango se convirtió en su segundo hogar, un espacio donde pasaba horas entre libros y proyectos, dando rienda suelta a su pasión por las letras y las ideas.

Después de muchos intentos por convencerme, un día de 2018 finalmente acepté su invitación de visitar la sede de la calle 80, a pocos metros de la carrera 7ma, para sacar mi carnet de usuario. La emoción de Ibsen era palpable; sus ojos brillaban mientras me explicaba que, desde esa hermosa sede de la Casa Gómez Campuzano, podía tener acceso a los casi tres millones de libros físicos que componen la vasta colección del sistema bibliotecario de Bogotá, además de disfrutar de la biblioteca virtual más grande y organizada de toda América Latina. No exagero al decir que Ibsen supo sacar más provecho que nadie de esos recursos durante los más de diez años que vivió en la ciudad.

Llegué a Bogotá con mi esposa en 2011, tras varias visitas y estadías previas por motivos de trabajo. Lo que encontramos fue una capital vibrante, optimista y amable, que había recuperado su seguridad y mostraba al mundo una cara de alegría y oportunidades. En cada esquina se respiraba un aire renovado. Nos encontramos con muchos compatriotas venezolanos, y también con personas de diversas nacionalidades que, por distintas razones, contribuían a esa efervescente actividad económica y cultural que caracterizaba a Bogotá en esos días.

Conocía a Ibsen desde hacía muchos años, y nos reencontramos casualmente un día de 2012 en los alrededores del Parque de la 93. Tras un rápido intercambio de saludos y coordenadas, acordamos reunirnos para ponernos al día. Cuando finalmente nos sentamos a conversar, Ibsen me propuso incluir en nuestra próxima reunión a un viejo amigo común, José (Pepe) Rodríguez Iturbe, quien llevaba más de una década viviendo en Bogotá, desempeñándose como catedrático en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Sabana. Yo había conocido a Pepe en mis años de estudiante en Caracas y siempre me impresionó su sencillez, su agudo sentido del humor y su brillantez intelectual. La idea de reencontrarnos los tres me pareció estupenda.

Así nació nuestro pequeño grupo, al que solíamos llamar “los tres mosqueteros”. Compartimos innumerables almuerzos y tertulias, generalmente en los restaurantes de Usaquén, ese encantador rincón al norte de Bogotá que, aunque ha sido absorbido por la expansión urbana, conserva la magia de un pequeño pueblo. A veces otros amigos se unían a nuestras charlas, personajes de paso por la ciudad o viejos conocidos, pero casi siempre éramos nosotros tres.

Debo confesar que, más que de participar activamente en las discusiones, disfrutaba enormemente siendo testigo del intercambio entre dos intelectuales de memoria prodigiosa y vasto conocimiento en temas que iban desde la literatura y la música hasta la política, la historia y el arte. Sus opiniones eran agudas, ingeniosas, y a menudo derivaban de experiencias personales o anécdotas que ellos mismos habían vivido como actores o testigos privilegiados. Durante esos años, Pepe publicó varios libros, y nosotros siempre tuvimos el privilegio de recibir los primeros ejemplares, dedicados con cariño. Su producción intelectual, incluso a sus más de ochenta años, es inagotable, un legado que sin duda servirá de referencia a estudiosos e investigadores en el futuro.

Ibsen, por su parte, nos mantenía al tanto de sus artículos semanales en *El País*, así como de sus colaboraciones para otros medios como *Letras Libres* de México o *El Malpensante* de Colombia. Siempre tenía un proyecto entre manos, ya fuera un guion sobre las aventuras de Hemingway en el Caribe o su novela sobre temas petroleros, publicada finalmente en 2023. Nosotros fuimos testigos de ese proceso creativo, leyendo y comentando los borradores.

Me llenaba de alegría cuando los comentarios o anécdotas sobre mi experiencia en organizaciones y universidades les hacían sentido o despertaban su interés. A Ibsen le gustaba decir, con su típico sentido del humor, que yo era su *coach*, ayudándole a organizar sus actividades y tomar decisiones sobre su relación con las editoriales.

Esperábamos con entusiasmo cada nueva reunión, y la planificación de nuestros almuerzos se convertía en un pequeño proyecto que nos brindaba la satisfacción de sentirnos libres, relajados y en un ambiente donde nuestras opiniones siempre eran recibidas con apertura y respeto. Ocasionalmente nos acompañábamos mutuamente cuando dábamos conferencias o alguno de nosotros presentaba el libro de otro autor. También disfrutábamos de caminatas urbanas, explorando los rincones de la ciudad, con una parada obligatoria para un buen café, siempre maravillados por la educación y amabilidad de los bogotanos.

La pandemia interrumpió temporalmente nuestras reuniones, como sucedió en todo el mundo, y tuvimos que recurrir a las videoconferencias para mantener el contacto. Cuando finalmente volvimos a encontrarnos en persona, la dinámica continuó intacta hasta que, por circunstancias de la vida, me tocó mudarme nuevamente. Aún tuve la oportunidad de regresar un par de veces. La primera fue ocasión para un emotivo reencuentro de los tres mosqueteros; la segunda, solo con Pepe, pues para entonces Ibsen ya había regresado a Caracas, sin boleto de vuelta.

Nuestro último encuentro fue virtual. Vimos a un Ibsen delgado pero lleno de optimismo, haciendo planes para el futuro con el apoyo de su hijo Iván. Sin embargo, poco después, de manera inesperada, nos dejó, “mudándose al otro barrio”, como jocosamente solía referirse él al inevitable final de la vida.

Hoy me siento profundamente agradecido por haber tenido la fortuna de compartir durante esos años en Bogotá con dos amigos entrañables y admirados. En esa ciudad que llegué a sentir como propia, disfruté de uno de los períodos más felices de mi vida. Recordaré siempre con nostalgia aquellos días en los que fui, sin duda alguna, feliz y bogotano.

Escenarios

DOS ESCRITORES VENEZOLANOS PRESENTARON SUS NOVELAS EN BOGOTÁ

Alfonso Molina



La primera ceremonia fue de la ingeniera y comunicadora Carolina Jaimes Branger, quien acudió a la prestigiosa Librería Lerner de Bogotá el 29 de agosto pasado para hablar de su primera novela titulada *Aquello que no se dice*, publicada por la Editorial Planeta. Esa noche se desarrolló una grata conversación entre la autora y la escritora colombiana Mima Peña sobre las condiciones de vida de muchos ciudadanos durante la dictadura de Juan Vicente Gómez en la Venezuela de principios del siglo pasado.

El segundo fue el narrador, poeta, guionista y articulista Alberto Barrera Tyszka, cuya nueva novela *El fin de la tristeza*, publicada por Random House, convocó el 3 de septiembre al público lector en Ficciones Bar de Libros, nuevo espacio bogotano dedicado al mundo de los libros. Allí conversó sobre el tema de la desesperanza y el suicidio con la galardonada escritora colombiana Pilar Quintana.

En el texto de la contraportada de *Aquello que no se dice*, el escritor Rodolfo Izaguirre enfatizó: “Carolina Jaimes Branger maneja un lenguaje liberado de todo artificio literario. Revela, así mismo, un gran dominio en algo particularmente difícil: poner a dialogar la intimidad de una familia poderosa con la realidad de un país atravesado por las dictaduras y la riqueza económica”.

Su novela narra la vida de Eduardo Alcántara, ministro de Gómez, y de su familia, con su esposa Cecilia Valderrama a la cabeza. A través de las historias entrelazadas de sus seis hijos —Leonor, Ramón, Clara, Francisco, Eduardito y Margarita— Jaimes Branger cuestiona los valores morales de la sociedad venezolana de aquella época, dominada por el autoritarismo y las conductas terribles de un grupo social que sigue resonando en el presente.

Por su parte, *El fin de la tristeza* se construye como un thriller psicológico con un personaje principal muy particular. “Cuanto más lejos estés de las noticias, más cerca estarás de la felicidad”. Así definió Barrera Tyszka el pensamiento de Gabriel Medina en su presentación bogotana. Hasta que en el texto la policía detiene a su psiquiatra y comienza un camino distinto en su vida hacia un destino inesperado. Gabriel trata de ayudar a su terapeuta y se involucra en una trama policial y en un escándalo mediático. Desesperado, cree que sólo una historia de amor, nacida de una casualidad callejera, puede ayudarlo a enfrentar la cotidianidad.

Ambas novelas exponen como trasfondo la sociedad venezolana con un siglo de diferencia histórica. En el texto de Jaimes Branger se habla de una dictadura muy bien identificada con la personalidad de Gómez. En la narración de Barrera Tyszka se aprecia otra forma de dictadura en la Venezuela del siglo XXI.

Sé que los dos textos merecen análisis específicos, pero quiero resaltar la importancia de su presencia en el mercado colombiano. *Aquello de lo que no se habla* también circula en las librerías venezolanas y *El fin de la tristeza* se encuentra en México, España y Colombia. Ignoro cuándo se presentará en Venezuela.

Amenazas, persecución y torturas

EL OSCURO ROSTRO DE LA DICTADURA EN VENEZUELA

Freider Gandica



El yugo de una dictadura que no se detiene ante nada para perpetuarse en el poder, sigue cometiendo los peores delitos de lesa humanidad contra la ciudadanía libre de Venezuela. Las elecciones del 28 de julio dejaron a un régimen débil que ha respondido con su brazo armado y ha desatado una ola de represión sistemática contra quienes osan desafiar con la verdad su control. Periodistas, activistas de ONG y dirigentes políticos se encuentran en el centro de este violento huracán.

Los patrones de persecución son claros y aterradores. Vehículos sin placas, camionetas blindadas, verdugos encapuchados sin ningún tipo de identificación y motorizados que bloquean caminos y siguen de cerca grabando a las personas marcadas por el régimen. Es un guion repetido una y otra vez. Los ciudadanos que encabezaron esta gesta histórica creyeron estar a salvo por los resultados electorales que reflejaban un deseo de cambio con las actas recogidas por el pueblo, ahora, lamentablemente esa victoria no garantiza seguridad. El terrorismo de Estado, con sus brazos armados y encapuchados, graba sus movimientos, monta alcabalas en carreteras y, lo más grave, se infiltra en cada aspecto de la vida diaria de los ciudadanos libres.

Por petición propia de quienes contaron su historia, sus nombres serán reservados. Lean con atención estos relatos de terror: Tras los patrones sistematizados de persecución, un periodista venezolano que informaba por Tik Tok porque estaba censurado de los medios tradicionales, decidió no ser un rehén de Nicolás y escapar de las amenazas, pues la última hecha fue más directa “Crees que estás seguro porque ganaron, pero no es así. Estamos en todos lados”. Tras vivir un par de semanas en la clandestinidad, describe su travesía de huida mientras cruzaba la alcabala limítrofe entre los Estados Táchira y Barinas, donde fue detenido en un retén de la Guardia Nacional Bolivariana.

Sin pedir ningún tipo de identificación, el periodista es llevado a un cuarto aislado donde es interrogado por los agentes de la dictadura. El periodista se mantuvo en que iba a Cúcuta a comprar lo necesario para su bebe por nacer. “Sé que me estás mintiendo”, le decía, sin escuchar, uno de los verdugos y le señaló, sobre la mesa, tres carpetas amarillas. “Puedes tú mismo ver en qué carpeta estás, y cuál es tu expediente por el que te debo arrestar”, le dijo. Cada carpeta tenía un nombre; Políticos, ONG, Periodistas. Verdugos entraban y salían de la habitación. Los segundos eran horas. “Tienes dos opciones”, fue lo último que escuchó del uniformado: “Ves lo que dice el expediente en la carpeta sobre ti y quedas preso aquí o negocias junto a tu chofer al salir de esta habitación”. La orden final fue dada por uno de los uniformados, que mostrando una foto del periodista con su familia — donde se veía a su mujer en estado de gestación —, dijo que ya su chofer había pagado y que lo dejaran ir. Un viaje que puede valer, por costoso, 200



dólares, se terminó duplicando por 10 tras la extorsión de los verdugos.

En Colombia, el periodista se siente a salvo, pero no deja de pensar en lo que dejó atrás. Abandonar la causa por la libertad de expresión por la que ha luchado toda su vida es un golpe profundo para cualquier activista o periodista comprometido con su país. Pero en Venezuela, luchar por la verdad o por un cambio se ha convertido en una sentencia de muerte, una condena al exilio o, peor aún, una amenaza constante para la vida de tus seres queridos.

No es un caso aislado. En Trujillo, otro activista que colaboraba con la movilización de actas electorales fue brutalmente perseguido. El régimen no solo lo persiguió a él, sino que irrumpió en la casa de su madre y secuestró a su abuela de 85 años, en un intento desesperado de presionarlo para que se entregara. Y cuando logró escapar, la dictadura no dudó en detener a su esposa y a su hija de 15 años. La lógica es simple: si no te pueden atrapar a ti, destruyen a tu familia.

Este es el precio que se paga por hablar con la verdad en Venezuela. La dictadura de Nicolás Maduro ha dejado claro que no tiene límites ni escrúpulos. Utiliza la intimidación, el secuestro y la violencia psicológica para mantener el control. La disidencia, ya sea política o mediática, es tratada como una amenaza a erradicar.

¿Qué significa esto para el futuro de Venezuela y su gente? En un país donde la represión es la norma y el miedo se ha convertido en un compañero cotidiano, es difícil imaginar un futuro en paz y libertad. La comunidad internacional no puede seguir siendo un mero espectador de estas atrocidades. La presión debe ser inmediata y contundente, porque cada día que pasa, la dictadura se fortalece a costa de las vidas y el bienestar de miles de venezolanos que luchan por un cambio.

La libertad de expresión, el derecho a la vida y a la participación política son principios fundamentales que se están sacrificando en Venezuela. Si el mundo sigue ignorando esta crisis, ¿qué nos asegura que no veamos el mismo modelo de represión expandirse a otros países de la región?

Freider Gandica Morales es ingeniero y columnista venezolano residente en Colombia.

@freidergandica en x

Podcast

DIÁLOGOS CON COMPROMISO



DERECHOS POLÍTICOS DE LOS VENEZOLANOS
EN EL EXTRANJERO

ESCUCHAR AQUÍ

